

Hermanas de la Caridad Cristiana: 175 Años
SCC en Camino: memoria, conversión, gozo



Junio de 2023

Hna. Peregrina Wey

Hna. María Pía Lamezan

Hna. Mary Ascelina Henke

Hna. Marta Cifuentes Pérez

Hna. Chrisophora Ostermann

Para la reflexión

- ♥ ¿Qué quisieras destacar de la vida de esta Hermana?
- ♥ Si esta Hermana tuviera que darnos un consejo al prepararnos para la celebración del 175º aniversario de la Congregación, ¿qué te parece que nos diría?
- ♥ ¿Qué pregunta te gustaría hacerle?
- ♥ ¿Qué has aprendido de ella acerca del seguimiento fiel de Cristo como Hermana de la Caridad Cristiana/como miembro del Grupo Paulina?

Hermana Peregrina Wey

10.8.1859 – 6.6.1941

Josephine Wey nació en Mott Haven. Nueva York, el 10 de agosto de 1859, y fue bautizada por el Rev. Metzler en la Iglesia de la Inmaculada Concepción. Sus padres fueron Juan Pedro Wey, fabricante de pianos, que llegó a América desde Elsass en 1836, y Maria Anna Staffebach, también de Elsass, llegada en 1848. Al comienzo se establecieron en Nueva York. Luego se cambiaron a Mott Haven y finalmente a Melrose. Tres de sus hijas, Josefina (Hna. Peregrina), Eleonore (Hna. Amabilis) y Magdalena (Hna. Gelasia) se entregaron al servicio de Dios como Hermanas de la Caridad Cristiana.

Josefina comenzó su educación en una escuela pública, pero luego se cambió a la escuela parroquial, dirigida por profesores laicos. Recibió su Primera Comunión a los 13 años y fue confirmada el 29 de junio de 1876.

A los 16 años pidió permiso a sus padres para ingresar a la vida religiosa. Ellos no lo aprobaron, pero después que ella trabajó como empleada doméstica por un año, sus padres accedieron y le dieron su bendición. Entró al postulante en Wilkes-Barre el 11 de abril de 1883, y tomó el hábito el 9 de agosto de ese mismo año. La Hna. Peregrina hizo su primera profesión el 12 de agosto de 1885, y su profesión perpetua el 28 de agosto de 1909.

Ya durante el noviciado la Hna. Peregrina sirvió como una amorosa Marta en el lavado de la Casa Madre y ayudó en tareas domésticas. También era muy diestra como costurera y a menudo usó sus talentos durante sus apostolados en Albany, New Ulm, Chicago (Josephinum y Santísima Trinidad), y en Wilkes-Barre (Academia Santa Ana).

En julio de 1937 la Hna. Peregrina hizo retiro en el Convento de la Sagrada Familia y permaneció allí. Tenía mucha dificultad para subir escaleras, pero eso no le impidió estar en todos los actos de la comunidad. Cuando su deficiencia visual le impidió rezar el Oficio, comenzó a rezar nueve rosarios al día.

El 30 de mayo de 1941 la Hermana estaba tan enferma que recibió los consuelos de la Santa Iglesia al día siguiente.

Temprano en la mañana del 6 de junio de 1941, Fiesta del Sagrado Corazón, empeoró su situación. El Rev. Schillo y sus dos hermanas fueron convocadas, pero antes que llegaran, la Hermana aceptó la invitación de su Divino Esposo a la Fiesta de Bodas Eternas. Muchos de sus familiares pudieron asistir al funeral y acompañaron a la Hna. Peregrina a su último lugar de descanso en el Cementerio de la Santa Cruz.

Hermana Maria Pia Lamezan

13.2.1902 – 7.6.1962

A. M. P.

Montevideo, 1 de agosto de 1962.

Queridas y buenas Hermanas:

Por encargo de nuestra cara Madre M. Livaria puedo enviarles hoy un corto relato sobre la vida, actividad, enfermedad y muerte de nuestra querida Sor María Pia Lamezan Marimbois, a quien llamó el dueño de la vida y muerte el día 7 de junio ppdo. para darle el premio eterno.

Sor María Pía, en el mundo María Pía Xaveria, nació el 13 de febrero de 1902 en Karolinenthal, cerca de Praga, Austria, en el seno de una familia distinguida. Su padre era el Barón Adrian Von Lamezan Marimbois y su madre, Maria Annuntiata Nagel. Como el padre era Coronel en el ejército al servicio de Austria, la familia debió cambiar a menudo el lugar de residencia. Por eso, la pequeña María Pía llegó a conocer gran parte de Austria y Hungría. Después de cursar las escuelas media y superior, frecuentó como alumna interna el Pensionado de las Religiosas

Ursulinas en Gmünd, Württemberg, donde aprendió idiomas, música, contabilidad y labores. Después de la primera guerra mundial, inmigró la familia en la Argentina y se estableció en Buenos Aires.



Para ayudar a sus buenos padres, que habían perdido gran parte de su fortuna a causa de la inflación en Austria, María Pía se empleó como institutriz. A fines de 1920, la situación económica de los padres había mejorado y los hijos se reunieron otra vez con ellos. María Pía dio entonces clases de piano. El 11 de febrero de 1922 se casó con un comerciante alemán, señor Kurt Menge, que tenía sus negocios en Montevideo. Dios bendijo este matrimonio con una hija y un hijo. La hija, Gerda, estuvo como alumna en nuestro Colegio de Montevideo. Así, la señora María Pía llegó a conocer a nuestra Congregación. Después de la muerte del marido, ocurrida el 23 de diciembre de 1944, la señora María Pía se dedicó a obras de piedad y de beneficencia. La inclinación a la vida religiosa, el deseo de entregarse enteramente a Dios, aumentaron en

ella. Con el consentimiento de sus hijos entró con nosotras el 9 de agosto de 1948 y tomó el santo hábito el 11 de febrero de 1949. Después de un fervoroso noviciado, emitió dos años más tarde los primeros santos votos. Gracias a la bondad de Dios y de sus buenas Superiores, pudo hacer el Terciado, ya anticipadamente desde el 22 de enero hasta el 22 de abril de 1954, y hacer la Profesión Perpetua a los 3 años de votos temporales, por un permiso especial de la Santa Sede. El 19 de abril fue el día de su total entrega al Divino Esposo. El 27 de mayo la tuvimos de nuevo entre nosotras. Se quedó en la Casa Madre como ecónoma. En 1955 fue nombrada superiora de la Casa, cargo que cumplió a plena satisfacción de superiores y súbditas. Sor María Pía sabía trabajar y sufrir como verdadera esposa de Jesús crucificado. Todas nosotras y ella misma sabíamos de su enfermedad y de sus consecuencias, pero ella siguió trabajando sin miramientos y sin cuidarse. Para el mismo día de su muerte había previsto una salida a varias oficinas. Nadie, ni los médicos, ni nosotras, ni ella misma sospechamos su fin tan cercano. Pero Dios hace todo bien y vela por los suyos. El 7 de junio no se levantó Sor María Pía con la Comunidad, cumpliendo el deseo de la enfermera, pues había pasado muy mal la noche. Siguió la Santa Misa desde su cuarto, frente a la Capilla y el sacerdote le llevó la Comunión. Cuando llevaron el desayuno a la enferma, ella pidió tomarlo más tarde porque prefirió descansar algo más. Alrededor de las 8hs fue una Hermana para atenderla y la encontró cambiada. La Madre M. Livaria y la enfermera acudieron en seguida. Pedimos por teléfono al Rev. Cura Párroco, que vino inmediatamente para darle la Santa Extremaunción. La querida Sor María Pía se dio cuenta de todo, siguió con visible devoción las oraciones, habló con nosotras y se alegró al vernos a todas juntas con ella. Agradeció por todo lo que había recibido, pidió perdón y nos aconsejó ser fieles a la santa Regla y a los santos Votos, practicar la caridad fraterna y la fidelidad en las cosas pequeñas. Se acordó de la Rev. Madre General, de Sor María Electa, Sor M. Bernadette, Sor M. Rafaela, Sor M. Romana, Sor M. Athanasia, Sor María del Socorro y de Sor M. Vincentia. Avisamos a los hijos. Estos se presentaron apresurados, quedaron y rezaron con nosotras hasta que la buena Sor María Pía cerró los ojos para siempre. Sus últimas palabras fueron: "Todo está cumplido. Jesús, Jesús." No aceptó ningún calmante, ni permitió que se le refrescaran los labios, diciendo: "Jesús sufrió mucho más y sin calmantes." La velamos como de costumbre en la Capilla, entre flores, palmas y cirios. Varios sacerdotes rezaron responsos junto al ataúd, que estaba rodeado de numerosos ramos de flores y hermosas coronas. El día 8 de junio, hubo dos santas Misas en nuestra Capilla: una por la

mañana y la Misa de Réquiem cantada, por la tarde a las 3hs. Después acompañamos los restos de nuestra querida Sor María Pía a su última morada. ¡Qué descanse en paz! Quiera ella alcanzarnos a todas nosotras, las que hemos sido testigos de su heroico sufrir y morir, la gracia de seguir con tanta prontitud, desapego e incondicionalmente el llamado de Dios en nuestra vida cotidiana para poder seguir también con tanta confianza al último llamado divino, a ejemplo de nuestra querida y buena Sor María Pía.

Para confirmar lo antedicho van a continuación algunas opiniones y criterios de las Hermanas que han observado de cerca la vida virtuosa de la querida difunta: " Sor María Pía ya se distinguió en el Noviciado por su gran respeto hacia las Superiores, por su fino trato con las cohermanas. Siempre estaba pronta para cualquier sacrificio. Su carácter era siempre igual. Estaba siempre santamente alegre y paciente." "Se podría decir que era la modestia personificada; siempre amable, olvidada de sí misma, pensando en los demás. Creo que ha realizado muchos actos heroicos, que ha sido grande en lo aparentemente pequeño, pero de un inestimable valor a los ojos de Dios". Oigamos lo que escribe la querida Sor M. Athanasia: "¡Sor María Pía nos ha dejado! No la vemos más en su continuo andar, aparentemente incansable. Pero su espíritu nos acompaña, su ejemplo nos anima. Sólo Dios, que contó todos sus pasos, sabe pesar y medir los sacrificios y penurias que ella sobrellevó con verdadero heroísmo, sobre todo en los últimos años, con su salud tan precaria. Ella informaba sobre su estado sólo al ser preguntada, pero jamás en tono de queja. Antes bien trataba de disminuir y de disimular sus males. Su vida fue un holocausto en aras de la caridad. Nunca se negaba a nada, ni a nadie. Con la mayor naturalidad, con plena abnegación de sí misma estaba siempre dispuesta a procurar lo que hiciera falta para la casa, las filiales y sobre todo, para las enfermas. En su vocabulario no cabían expresiones como éstas: " ¡Qué lejos! ¡Otra vez! ¡No tengo tiempo! ¡Es demasiado tarde! ¡Es muy difícil! , etc. "Le bastaba conocer la necesidad o recibir el pedido o la orden para que la querida Sor María Pía lo cumpliera lo mejor posible y con la mayor prontitud. No conocía acepción de personas; a todas las atendía y servía con la misma amabilidad.

Su trato era de una exquisita delicadeza, lleno de caridad. Ella era incapaz de cometer una descortesía. Inspirada en todo por un vivo espíritu de fe, veía a Dios en todo y en todas. Cualquier acontecimiento le hablaba de la Divina Providencia, de la paternal y poderosa intervención del buen Dios. En todas partes descubría algo sobrenatural, algo divino. Se sometía a la voluntad del Señor hasta en lo más mínimo. No conocía otro querer que el del Padre y fue su constante afán cumplir la voluntad de Dios del modo más perfecto. En su vida no faltaron cruces y pesares. Fue probada en el crisol cual precioso metal; pero con la gracia divina y su heroica paciencia, con su desprendimiento y generosidad triunfó de todo y bien pudo decir en sus últimos momentos: "Todo está consumado." Sor María Pía fue un alma grande: grande en lo poco y en lo mucho, en casa y afuera, en lo material y en lo espiritual, en lo propio y en lo ajeno; grande en lo pequeño, pues supo cumplir con todos sus deberes con la mayor exactitud. Sumamente respetuosa era para con sus Superiores y dócil como una niña, cuando se trataba de obedecer. Pero se mostraba como mujer recia y dispuesta cuando se trataba de ayudar y de apoyar a sus Superiores y de defender los intereses de la casa. No perdonaba esfuerzo para conseguir lo necesario. Quería servir al Instituto con todas sus energías, ya que, " entró después " de haber gastado sus mejores fuerzas, según sus propias palabras. ¡Qué alma noble! Todas las virtudes humanas y naturales, fruto de una excelente educación y elevadas al plano sobrenatural, florecieron en ella. De ahí la perfecta religiosa que admiramos en la querida difunta. Ella ingresó en la Congregación ya con un gran caudal de valores espirituales, tesoros que iban acrecentándose y acrisolándose durante los catorce años de su vida religiosa. ¡Felices las almas que pudieron recibir su constante ejemplo de renunciamento

y de virtud y pudieron disfrutar de sus exquisitas atenciones y de los efluvios de su alma completamente entregada a Dios! Sus pensamientos, palabras y obras daban testimonio de su rica vida interior y de su alta espiritualidad. ¿Quién la hubiera sorprendido en una falta voluntaria o en una dejadez? ¡Con qué gozo habrá sido recibida entre los bienaventurados en un sitio preeminente! ¡Qué su espíritu fervoroso y activo continúe entre nosotras! ¡Qué nos estimule su ejemplo y qué ella nos asista con su intercesión! ¡Oh sí, Sor María Pía, te vemos inundada de gloria y dirás con San Pedro de Alcántara: "Feliz penitencia que me trajo tanta gloria."

Queridas Hermanas, termino este relato edificante y verídico con una frase de San Agustín: "Su vida no se ha extinguido, se ha trocado en otra mejor. Después de algún tiempo volveremos a ver a aquella a quien deseábamos conservar." -

De nuevo encomienda la cara Madre M. Livaria a la buena Sor María Pía en sus oraciones y saluda cordialmente a cada una de Vds., queridas Hermanas.

En el amor de Jesús quedo, su fiel Sor M. Irmgardis

Hermana Mary Ascelina Henke

29.11.1886 – 29.6.1974

JMJ

Convento María Inmaculada, Wilmette, Illinois, 29 de junio de 1974

Queridas Hermanas:

"Los que ven la luz pueden caminar en la oscuridad; los que ven al hombre pueden ver a Dios... los que ven el bien en cada persona que conocen; los que cuidan de sus hermanos necesitados; los que creen que Él vive ahora en ellos, verán Su regreso". Así como las primeras palabras citadas en este himno utilizado en nuestra Liturgia esta mañana se aplican tan apropiadamente a la Hna Mary Ascelina Henke, así también las últimas se han cumplido ahora para ella. El Señor regresó para llevarla a la felicidad eterna con Él cerca de las 10:45 de la mañana de hoy, 29 de junio, en el Convento del Sagrado Corazón. Ayer, a última hora de la tarde, la Hna Annamarie, al recibir la noticia de que la Hna. Mary Ascelina se estaba muriendo, fue junto a su lecho. La Hna Angélica también la visitó por la tarde. Pero la Hermana se demoró algunas horas más y finalmente exhaló su último suspiro casi imperceptiblemente cuando el día de hoy sábado, dedicado Nuestra Señora, estaba a punto de comenzar. La Hna. Michael y otras Hermanas estaban con ella en ese momento.



Clara Henke, hija de John Henke y Anna Patterson, nació el 29 de noviembre de 1886 en Waconia, Minnesota. Pasó una infancia feliz en la granja familiar junto con sus seis hermanos y dos hermanas, una de las cuales fue nuestra difunta Hermana M. Miltrandis. El 15 de mayo de 1901, Clara llegó al Josephinum de Chicago, donde fue aspirante durante dos años antes de ingresar en Wilkes-Barre, Pensilvania, el 28 de mayo de 1903. Recibió el santo hábito el 31 de mayo de 1904 e hizo sus primeros votos dos años más tarde, el 31 de mayo de 1906. Fue llamada a Wilmette para hacer el terciado, del 28 de febrero al 28 de mayo de 1918 y hacia el final del mismo, el 24 de mayo, hizo su profesión perpetua.

En los primeros años de su vida religiosa la Hna. Ascelina ayudó en la cocina en Danville, Pennsylvania y en Detroit, Michigan. Luego pasó algunos años como sacristana y ayudando en las tareas domésticas en Minneapolis. En 1926 la Hermana llegó a la Casa Madre de Wilmette para trabajar en la lavandería, servicio que desempeñó de todo corazón y con mucho cariño

hasta 1962, cuando se hizo cargo del comedor y de la lencería. Aunque a lo largo de los años su vista y su oído fueron empeorando, suplicó que se le permitiera continuar con sus tareas aquí en la Casa Madre. Disfrutaba mucho dando gusto a las Hermanas, arreglando flores para la mesa o preparando otros adornos en el comedor para ocasiones especiales.



Era la madrugada del 27 de mayo cuando Sor Ascelina se levantó y al intentar volver a la cama se rompió la cadera. Permaneció así durante algún tiempo hasta que alguien la oyó llamar pidiendo ayuda. Antes de que la llevaran al hospital, dio información detallada sobre dónde encontrar las cosas, especialmente los paquetes que había preparado para los jubilados. Había esperado con gran ilusión la celebración del jubileo de este año porque su sobrina, la Hna. Alvara, estaba entre las jubilarias de oro. Pocos días después de su caída, fue operada en el hospital St. Francis de Evanston. Después de recuperarse un poco, la Hermana fue llevada al Convento del Sagrado Corazón. Sufrió mucho durante su enfermedad - su falta de vista y oído, y su debilidad general se sumaron a su dolencia. Pero continuó estrechamente unida a Dios, rezando la mayor parte del tiempo, a veces audiblemente.

En la fiesta del Sagrado Corazón, mientras la Hna. Annamarie y la Hna. Alvara estaban junto a su cama, Sor Ascelina recibió una vez más el Sacramento de la Unción de los Enfermos.

La Hna. Ascelina tuvo una verdadera preocupación fraternal y amor por cada Hermana sin importar si era mayor o joven. Muchas Hermanas pueden decir que su vocación se fortaleció por los esfuerzos de la Hermana para hacerla sentir como en casa después de su ingreso. Sólo Dios sabe cuántas tocas planchó, tanto para las Hermanas profesas como para las novicias además de los lavados regulares. Cuando las Hermanas volvían a la Casa Madre para una visita o para un retiro, ella estaba allí mismo, pidiéndoles sus tocas y la ropa para lavarla y hacer que se sintieran cómodas y como en casa.

La Hna. Ascelina tenía una gran confianza en la Madre Paulina, y esta confianza se mantuvo inquebrantable, incluso cuando el resultado de la oración no fue el esperado, como ilustra el siguiente incidente. Hace algunos años, cuando la Hna. Rosalía se estaba muriendo, la Hna. Ascelina cogió una foto de la Madre Paulina de la mesa y la sostuvo durante mucho tiempo en dirección a la Hna. Rosalía. La Hermana murió poco después. A la mañana siguiente, al ser preguntada: "¿Quería usted que la Madre Paulina viniera a buscar a la Hermana Rosalía?". Sor Ascelina respondió: "En verdad, no. Quería que la Madre Paulina viniera a curarla". Es un hecho bien conocido de todos los que trabajaron en la lavandería, que la Hermana confiaba la necesidad de buen tiempo para los días de lavado en manos de la Madre Paulina, ante el cuadro que ponía en la pieza de ropa blanca. En tiempos de sequía, la comunidad de la Casa Madre rezaba para que lloviera, y si no llovía, la gente empezaba a preguntarse si la Hna. Ascelina habría puesto el cuadro de la Madre Paulina.

La Hna. M. Josephita cuenta que pasó por la lavandería el día que se recibió el mensaje de que la Casa Madre de Paderborn había sido bombardeada. La Hna Ascelina la vio y le dijo: "No te sientas mal por esto. Vamos a reconstruirla, aunque tenga que lavar ropa para otras personas". Cuando después de la guerra se enviaban paquetes a Europa, ella se dedicaba incansablemente a lavar la ropa que llegaba para los necesitados. Cuando le dijeron que tal vez podrían lavar la ropa ellos mismos, la Hermana respondió: "Olvidas que allí no tienen jabón. No pueden lavarla".

Tal vez más que cualquier otra cosa, la profunda y humilde fe de la Hna. Ascelina la hizo querer a las Hermanas como seguramente amaba a Dios a quien sirvió tan fielmente. Durante el tiempo de Navidad, una Hermana que se cruzaba con la Hna. Ascelina cuando estaba ante el Niño en el Pesebre, la oyó decir: "Niño Jesús, ésta es Ascelina". Otro comentario que hizo tan a menudo en estos últimos años fue: "Estoy tan contenta de estar viva en este momento". Hasta su último día aquí en la Casa Madre, la Hermana se interesó por los acontecimientos diarios y por todos los asuntos de la comunidad. No oía bien, pero quería saber qué se anunciaba, y es sorprendente cómo, con tan poca vista, reconocía a las Hermanas. Al intentar resumir una vida entregada al servicio de Dios, una carta apenas basta. Esto es particularmente cierto al hablar de la Hna. Ascelina, ya que no hay Hermana en nuestra provincia que no tenga recuerdos bellos, edificantes y humorísticos de esta Hermana a la que echaremos mucho de menos. Sin embargo, toda la provincia y la comunidad han ganado una intercesora poderosa e interesada en el cielo.

La Hna. Annamarie pide sus oraciones por y para la Hna. Mary Ascelina, y expresa sus condolencias a la Hna. Alvara y sus felicitaciones a ella y a su familia por el hecho de que una persona tan cercana y querida haya dejado tras de sí un legado tan bello y bueno. Su afectísima, (firma) Hermana Concilia

Hermana Marta Cifuentes

25.9.1910 – 29.6.2003

Olga Zulema Cifuentes Pérez, procedente de un cristiana familia de Santiago, lugar donde nació el 25 de Septiembre de 1910, pidió la admisión e ingresó al Postulantado a los 21 años. - Conoció a nuestras Hermanas en la Casa Purísima de Santiago. Después de un fervoroso noviciado, emitió los Primeros Santos Votos el 11 de Febrero de 1934. Las Superiores estimaron conveniente que la Hna. Marta se preparara para la enseñanza, perfeccionándose en el área de la matemática.



Años más tarde, siendo ya profesora, dijo a sus alumnas: "La matemática es una ciencia exacta, así que yo tenía que decir si o no al Señor, sin términos medios. Uds. ven cual fue mi respuesta". Así procuró vivir su entrega nuestra Hna. Marta. El llamado de Dios fue para ella una iluminación perfectísima, que alcanzó su vida entera y la hizo plenamente consciente de su misión entre las Hijas de Paulina. Sumó todas las gracias recibidas desde su bautismo; las dividió por su correspondencia al Señor y, restando su pequeñez, dijo generosamente SI, como María, porque Dios pide nuestra libre aceptación.

No es preciso que la vocación, la misión asignada, sea grande o brillante: basta que el Señor haya querido utilizarnos, servirse de nosotras; basta el hecho de que confíe en nuestra colaboración, para que toda nuestra vida se convierta en un himno de gratitud al Esposo Divino, que nos eligió.

La Hna. Marta dedicó 51 años de su vida consagrada a la enseñanza en varios colegios de Educación Básica y Media que mantiene la Congregación en nuestra patria. A través de la asignatura, que era su especialidad, llegaba al corazón de las niñas y jóvenes, mostrándoles el camino hacia Dios, por medio de un cariño entrañable a María Santísima. Explicaba y enseñaba la matemática con mucho amor, paciencia y claridad, de modo que hasta quien tuviera dificultad en dicho aprendizaje, resultara finalmente exitoso.

En la vida comunitaria era amable, fraterna y amena.- Siempre tenía historias interesantes para alegrar en los recreos. Demostraba afecto y gratitud a la Congregación y a sus Superiores,

aceptando las responsabilidades que ellas le asignaran. Por un período fue Directora de un colegio; participó como delegada en el Capítulo General de 1960; fue Consejera Provincial.

Siempre le preocupó el progreso espiritual de las Hermanas jóvenes. Cuando estaba en la Comunidad de Valdivia, en la Casa de Huérfanas una vez por semana les hacía la meditación. Rezaba especialmente por ellas y con su ejemplo las motivaba para amar cada día más a María y a Paulina, caminos seguros que llegan al corazón del mismo Dios.

En Mayo de 1999, cuando ya las fuerzas no la acompañaron, pidió formar parte de la Comunidad del Hogar San José, en San Bernardo, donde ayudaba en lo que su delicada salud se lo permitía.

Acogiendo el llamado del Santo Padre, la Hna. Marta hizo del Rosario, esa antigua y siempre nueva oración mariana, un ejercicio sencillo y profundo de contemplación del rostro de Cristo. Para ella, rezar el rosario era mirar a Jesús con los ojos de su Madre, amar a Jesús con el corazón de su Madre. María brilló siempre como estrella luminosa en su vida. Ella le hizo un lugar en su corazón y en su vida, pues María es más Madre para aquellos que no la tienen en esta tierra. La Hna. Marta falleció el 29 de junio de 2003.

Hermana Christophora Ostermann

6.6.1926 – 1.6.2010



La Hna. Christophora nació el 6 de junio de 1926 en Bödexen, distrito de Höxter. Después de terminar la escuela primaria, trabajó durante 18 meses como ayudante en el jardín de infantes (Kindergarten). En abril de 1942 comenzó un curso de tres años como modista de señoras, que completó con éxito. Antes de entrar en nuestra Congregación, trabajó para un sastre durante tres años, y luego de manera independiente durante dos años. El 3 de octubre de 1951 ingresó al postulante en Paderborn; el 30 de abril del año siguiente comenzó el noviciado, los primeros votos tuvieron lugar el 30 de abril de 1954 y la profesión perpetua el 24 de septiembre de 1959.

En mayo de 1954, poco después de los primeros votos, la Hna. Christophora cayó enferma. La esclerosis múltiple detectada durante una estancia en el hospital progresó rápidamente. Según el juicio de los médicos que la trataban, la curación parecía imposible. Todas las Hermanas de la Provincia Alemana rezaron a la Madre Paulina y se unieron a la Hna. Christophora para implorar la intercesión de la Madre Paulina durante su enfermedad. Se dispuso una imagen de la Madre Paulina de manera que ella pudiera verla desde su cama. Además, se le acercó el Oficio Divino de la Madre Paulina. (Nota: todavía no había reliquias). Como la parálisis finalmente se apoderó de todo su cuerpo y cada vez necesitaba más cuidados, el 13 de mayo de 1955, en la fiesta de Nuestra Señora de Fátima, fue trasladada a Wiedenbrück, a nuestro Hogar de las Hermanas ancianas, donde se esperaba su pronta muerte.

A continuación, dejamos que la propia Hna. Christophora cuente cómo experimentó la curación, tal y como se recoge en el "Informe sobre el milagro" (Positio Super Miracolo).

En la tarde del 13 de mayo y durante la noche, volvieron a aparecer violentos dolores, tanto que pensé: "¿Volverá una Semana Santa tan dolorosa?" No podía comer casi nada. Como estaba sola en la habitación, rezaba a menudo en voz alta. Hacia las dos y media de la tarde cogí el Nuevo Testamento para tener otros pensamientos. Con dificultad leí el pasaje de Marcos 11.22-26: Jesús les dijo: 'Tened fe en Dios'. Estas palabras me llegaron al corazón. Continué leyendo.

Luego recé: 'Señor, tú eres el mismo hoy que entonces. Tus palabras no se aplicaron sólo a tus discípulos, sino que siguen siendo válidas hoy. Dame la fe que necesito'. Seguí leyendo y me dirigí al Salvador: 'Salvador, estas son tus palabras. Sí, creo'. Lo repetí muchas veces. En el pasaje: 'Perdona...'perdoné a todos de corazón. Ya no recuerdo cuántas veces invoqué a la Madre Paulina. Seguí repitiendo: 'Sí, creo'. Con eso, me senté erguida y me puse de pie frente a la cama y caminé unos tres pasos sin apoyo. Entonces recordé que la Reverenda Madre me había dicho que nunca me levantara de la cama sola. En consecuencia, me acosté de nuevo inmediatamente, pero luego recé: 'Madre de Dios, ayer fue tu fiesta, dile a tu Hijo que le dé a la Madre Paulina la alegría (de la curación). Ahora envíame una Hermana para las 3 de la tarde. Lo que esa Hermana diga, yo lo haré.'.

Entonces me invadió una gran calma. Poco antes de las 3, vino una Hermana. Le dije: 'Quiero levantarme'. Sin decir una palabra, la Hermana salió y poco después vino a verme la enfermera. Le dije mi deseo. Como ella dijo más tarde, en ese momento supuso que la enfermedad ya había afectado mi mente. Me levanté, cogí del brazo izquierdo a la Hermana y caminamos de un lado a otro de la habitación. Poco después llegó la Superiora y caminé un poco con ella. Entonces la Superiora dijo: 'Ya está bien, vete a la cama'. Respondí: 'Si Ud. lo dice, lo haré, pero aún podría continuar'. La Superiora dijo: 'Hay que dar gracias al Señor'. Pedí mi vestido y pude vestirme casi sola y luego fui con la Hna. B a la capilla hasta adelante. Luego llamamos a Paderborn y hablé con la Reverenda Madre. Después me acosté de nuevo y me levanté una vez más para la cena. Desde entonces no he vuelto a tener temblores ni sacudidas en los miembros. Al día siguiente, un domingo, pude asistir a la Santa Misa y, por la tarde, a la Bendición. No me sentí agotada. A partir de entonces, pude ir a Misa todos los días y quedarme despierta un poco más cada día".

La curación de la Hna. Christophora fue reconocida por la Iglesia como un milagro porque se produjo de forma repentina, inexplicable a juicio de los médicos, y la curación fue permanente.

Después de la curación, la Hna. Christophora pudo participar en la vida de la comunidad durante otros 40 años y trabajar de 1978 a 1995 en la Casa Madre y en el Hogar de Ciegos, especialmente en la fábrica de tejidos. La Hna. Christophora pudo estar presente para la Beatificación en Roma y luego saludar personalmente al Papa Juan Pablo II. Ella misma apenas habló de su repentina curación. Para ella, era Dios quien la había curado por intercesión de la Madre Paulina. Por eso no quería que la atención de la gente se centrara en ella durante la Beatificación.

Como cada vez necesitaba más cuidados, se trasladó a Thülen el 7 de marzo de 1996. Murió el 1 de junio de 2010, unos meses después de su hermana de sangre, la Hna. Xaveria. Fue enterrada en el cementerio de las Hermanas de Thülen.

La carta de difunta de la Hna. Christophora dice brevemente: "En las tareas que se le encomendaron, sirvió a sus cohermanas y a muchas otras personas, especialmente a los ciegos. Con buen sentido del humor y sociable, se mantuvo en medio de la vida. Incluso cuando se debilitaba visiblemente y su respiración era más dificultosa durante sus últimas semanas, una sonrisa iluminaba su rostro cuando percibía la presencia de una Hermana o enfermera."



El Papa Juan Pablo II Saluda a la Hna. Sr. Christophora